

# El desconocimiento del sí mismo: presupuestos epistemológicos nietzscheanos en el pensamiento freudiano<sup>1</sup>

Juan Elías Campos García\*

**Resumen.** Se realiza una reflexión epistemológica para develar no sólo las coincidencias y paralelismo entre Nietzsche y Freud, sino también para indagar sobre la influencia del pensamiento nietzscheano como marco de referencia que permite entender el desarrollo conceptual del padre del psicoanálisis. El pensamiento filosófico de una época se diluye y forma parte de una manera de entender al hombre y desde esta premisa, posiblemente la filosofía irracional de Nietzsche contribuyó para los novedosos planteamientos psicoanalíticos que revolucionaron las propuestas de tratamiento en salud mental.

**Palabras clave:** voluntad de poder, conciencia, moral, espontaneidad.

## The Unknown in Ourselves: Epistemologic Nietzschean Premises in Freudian Thinking

**Abstract.** This essay attempts to make an epistemological reflection to reveal not only similarities and parallels between Nietzsche and Freud, but also to investigate the influence of Nietzschean thinking as a reference for understanding the conceptual development of the father of psychoanalysis. The philosophical thought of an era is diluted and is part of a way to understand the man and from this premise, possibly the Nietzsche irrational philosophy contributed to the innovative approaches of psychoanalysis that revolutionized the proposals for mental health treatment.

**Key words:** will power, conscience, moral, spontaneity.

## Introducción

Durante la segunda mitad del siglo XIX, el pensamiento europeo era dominado por el positivismo que, bajo la idea de progreso, presentaba una reorganización de la sociedad a partir de la industrialización y la tecnificación; la naciente clase burguesa fomentaba la idea del capital privado y el trabajo asalariado; mientras que el individualismo y la libertad eran una condición natural del hombre como superación cultural de vinculación social. La idea de evolución se respiraba en el viejo continente, justificando una explicación de la sociedad a partir de la competencia social con Spencer, y la afirmación

de una linealidad evolutiva entre las culturas, cuyo grado más excelso era el hombre europeo a decir de Edward B. Taylor (De la Cruz, 2009). En este clima intelectual aparece un revés a la vanidad europea, la publicación del *Origen de las especies* de Charles Darwin, en 1859, obra que pone en tela de juicio

1. El presente trabajo se desprende del proyecto de investigación "Epistemología de la psicología en la UVM Campus Hispano". Para una referencia puede consultarse a Campos *et al.* (2011) "Una aproximación epistemológica a las psicologías" en *Limite Revista de Psicología y Filosofía*. Vol. 6, Núm. 23, pp. 73-85; Campos *et al.* (2012). "Fenomenología y psicología fenomenológica" en *Revista Intercontinental de Psicología y Educación*. Vol. 14, Núm. 2, pp. 11-32.

la supuesta grandeza del hombre, éste es sólo una especie más que tiene un parentesco con el mono. Simultáneamente la idea romántica de una naturaleza, cuyo poder creativo era difícil de entender bajo la mirada del positivismo, alimentó la sagacidad de un singular autor que se dedicó a indagar la genealogía de la moral occidental: Nietzsche.

En este contexto, la psicología enfrentaba un problema demasiado serio, la propuesta epistemológica del positivismo reducía cualquier suceso social e individual a mera recolección de evidencia observable de manera directa o indirecta en circunstancias controlables. Hay dos áreas de estudio que trataban de justificar la práctica psicológica en los laboratorios, por un lado, tenemos una psicología fisiológica que medía tiempos de respuesta y umbrales sensoriales, por el otro, una psicología estructuralista que intentaba hacer objetivo lo subjetivo. En el campo de la atención sanitaria, la psicología sólo se dedicaba a la medición de la inteligencia bajo las premisas que aportaba la teoría de la evolución y la propuesta pragmática de los psicólogos funcionalistas; mientras la atención de los padecimientos de orden emocional quedaba relegada a la psiquiatría, lo que reducía el síntoma a mera falla funcional en el cerebro.

Un enfermo mental era un individuo débil, cuya cura se buscaba en la reprogramación de hábitos en combinación con la aplicación de medicamentos que lo sedaban para mantener un nivel bajo de funcionalidad, o en el peor de los casos, la lobotomía y encierro en espacios psiquiátricos para evitar la alteración del orden social. Entendida así, la intervención mental se dirigía a la eliminación del síntoma por cualquier medio, aunque desaparecerlo no implicaba erradicarlo, pues el síntoma puede entenderse como una expresión simbólica de un problema psíquico en el individuo. Esta aseveración freudiana saca la vida psíquica del área médica e inaugura un área de estudio denominada psicoanálisis. Entender esta innovación es posible si nos situamos en el pensamiento de la época que le tocó vivir a este autor, pues es bien sabido que ningún personaje puede escapar de su condición histórico-social que le ha tocado vivir, y en el caso de Freud es importante mostrar

la fuerza que los escritos polémicos de Nietzsche tuvieron para trastocar su formación médica-biológica.

El presente artículo traza no sólo un paralelo entre ambos pensadores, sino que también demuestra que hay ciertos pasajes de los escritos polémicos nietzscheanos que posiblemente sirvieron como premisas epistemológicas psicoanalíticas.<sup>2</sup> En otras palabras, gracias al espíritu irreverente de Nietzsche, Freud pudo proponer una interpretación distinta de los problemas de orden emocional, pues según palabras de Freud: “Nietzsche fue uno de los primeros psicoanalistas y resulta sorprendente hasta qué punto su intuición se anticipó a nuestros descubrimientos” (Entrevista de S. Viereck para *Glimpses of the Great* en 1930; citado en Fernández, 2001: 20).

## 1. La voluntad de poder

Nietzsche es un pensador controvertido y polémico, sus escritos podían agradar o no, lo cierto es que después de leerlos cualquier lector era tocado por sus palabras; no intentamos realizar un análisis riguroso del pensamiento nietzscheano pues para nuestros fines sólo es interesante discutir dos nociones: *voluntad de poder* y *Superhombre*. Siguiendo el pensamiento romántico de Schopenhauer y Schelling, Nietzsche plantea un poder creativo que puede llevarnos hacia la superación<sup>3</sup> del hombre, en *Así habló Zaratustra* menciona una tendencia en los seres para autodeterminarse y perfeccionar su ser; aunque en el caso del hombre, éste ha desperdiciado tal poder retrocediendo hacia una animalidad que da vergüenza y risa. El hombre se engaña, piensa que ha dejado de ser un gusano sin darse cuenta que aún hay mucho de ello en él (Nietzsche, 2002).

Esta idea nietzscheana nos hace recordar el planteamiento de la *Naturphilosophie* sobre la gran escala de los seres, la imagen de un mundo que se ordena jerárquicamente según el desarrollo espiritual de las diversas formas de vida que van desde el organismo más simple, pasan por el hombre y culminan con la divinidad (Bossi, 2008); este orden aunque progresivo comparte un principio que es común a todos los seres: el poder creativo de la naturaleza. Para los románticos, la naturaleza es creadora de seres, sus productos se diferencian según la cantidad y organización de los elementos que los constituyen.

A manera de analogía imaginemos a un dibujante y a un pintor, ambos crean una imagen pero no con la misma calidad, pues un dibujo dista mucho de la metáfora que expresan los colores y las imágenes en un cuadro. El pintor debe contar con la habilidad del dibujante, pero no se queda en eso, su calidad artística rebasa los trazos que aquel realiza con carbón. La diferencia entre ambos puede ser la práctica o la habilidad,

2. Hay un personaje central que pudo jugar un papel mediador entre el pensamiento de ambos autores, Joseph Paneth, amigo de Freud y quien probablemente interpretara los textos nietzscheanos para éste; léase el artículo de Lehrer, R. “Freud and Nietzsche, 1892-1895” en J. Golomb; W. Santaniello y R. Lehrer (1999). *Nietzsche and depth psychology*. State University of New York, pp. 181-203.

3. El hombre es un paso hacia otra cosa, un momento de evolución donde el ser humano alcanza su forma definitiva, en eso consiste superarse: la realización plena de lo humano. La crítica nietzscheana se dirige hacia esa idea que considera al hombre como un ser que está al cuidado de una divinidad y que rige su vida por medio de valores que lo domestican cual borrego.

una disposición innata o adquirida, aunque en principio como dice Nietzsche cada ser humano tiene esa voluntad que puede llevarlo a convertirse en Superhombre.<sup>4</sup>

El problema es que los seres humanos ignoran esta voluntad de poder<sup>5</sup> al perderse en un nivel inferior en la gran escala de los seres. En un primer momento parece que la propuesta nietzscheana apunta hacia un desprecio de todo rastro animalesco, superar aquello que de gusano hay en nosotros por medio de una moral y la pureza del alma racional.<sup>6</sup> No es así. La crítica va en dirección contraria, el alma racional y la moral son los eslabones que aprisionan el surgimiento del Superhombre; despreciar el cuerpo se convierte en un ideal virtuoso cuyas prácticas ascéticas llevan hacia un desconocimiento del hombre (Nietzsche, 2002).

El alma se pierde en los encantos de una ilusión estética que aspira al reencuentro con la perfección tratando de esconder en lo más profundo de su ser las pasiones y deseos irracionales que enturbian y producen un malestar en la vida social; si hacemos memoria, desde Platón hasta Descartes, la filosofía pensó al hombre como distinto de los demás seres vegetativos y sensitivos aunque unido a ellos por medio de las necesidades corporales; esta distinción radicaba en una razón desencarnada y un mundo social regido por un actuar consciente y volitivo que intentaba esquivar sus miserias y huir de sus tormentos pero que silenciosamente satisfacía los llamados de la vida en un lugar recóndito del alma (Nietzsche, 1985).

Aunque el hombre lograra colocarse en un lugar privilegiado dentro de la gran escala de los seres, quedaba en su alma una sensación incómoda, su linaje con el mundo animalesco estaba presente; el cuerpo y sus apetitos era la sombra que oscurecía la distancia entre él y los ángeles, las sensaciones corporales se convierten en una enfermedad que buscaba sanarse por medio de un discurso que promueve reprimir su vitalidad (Nietzsche, 2002). En otras palabras, el alma racional está aprisionada en la cárcel de carne, huesos, líquidos y olores, una anatomía del asco que conjugaba lo bueno con lo agradable y lo malo con lo desagradable dentro de una visión estética: el buen gusto como ideal del yo.

En la época que vivió Nietzsche un gusto refinado se expresaba en un hombre prudente y razonable, quien podía jalar las riendas del caballo desbocado, animal que representaba el poder de la naturaleza; surgiendo la conciencia moral como mediador entre las necesidades del cuerpo y las buenas costumbres a costa de que esta conciencia tenga un destino trágico; la fuerza creativa le juega bromas que la perturban, la confunden, la desquician, le hacen lo que desea, desde afligirse dentro del dolor hasta regocijarse en el placer (Nietzsche, 2002).

La magnificencia del alma racional es exhibida en esta idea nietzscheana como sierva de la voluntad de poder, la volición

y el pensamiento pueden ser usados por esta voluntad, ejecutando actos y sentires sin previo aviso. Hasta aquí, Nietzsche pone en escena dos puntos importantes: primero la idea de una fuerza vital que alimenta la actividad del hombre; segundo el surgimiento de la conciencia moral que intenta apaciguar esta fuerza. En este punto, podemos decir que el pensamiento nietzscheano no sólo presenta similitudes con los postulados freudianos, sino que Nietzsche prepara el marco epistemológico donde cuatro entidades psíquicas freudianas cobran sentido: *ello*, *yo*, *superyó* y represión.<sup>7</sup>

## 2. La moral y el ocultamiento de la voluntad de poder

En términos nietzscheanos la actividad consciente es fruto del poder creativo de la vida, encargada de cuidar la energía y los actos del hombre guiándolo hacia el despertar del Superhombre. Aunque en lo mundano<sup>8</sup> sucede lo contrario, la conciencia moral mantiene al hombre en los límites de su animalidad al castigarlo y avergonzarlo. Podemos ver que estas ideas nietzscheanas son retomadas en la explicación freudiana de la actividad psíquica del hombre por medio de un esquema dinámico,<sup>9</sup> una instancia psíquica denominada *yo* sujeta a las necesidades del *ello* y sirviendo como mediador entre éste y el mundo externo. El *yo* tendrá que sopesar cuándo dar resolución a una exigencia del *ello* según las

4. En el Superhombre se realiza la forma plena del ser humano al retornar hacia la fuerza creativa de la vida para reafirmarse como espíritu creativo, dueño de sí mismo y libre.
5. Fuerza que está en lo profundo de nuestro ser, inconsciente, espontánea, creativa, que se alimenta a sí misma y que pugna por existir y existir siendo más.
6. El alma racional refiere a la parte superior del alma humana, caracterizada como inmortal y divina, mediante ésta se alcanza el conocimiento y una vida buena y justa, contraria al alma pasional y sensitiva donde se encuentran el deseo y los apetitos carnales.
7. Mecanismo inconsciente cuya esencia consiste en rechazar y mantener alejado de lo consciente determinados elementos que comprometen al yo.
8. Una vida mundana es aquella donde el hombre se conforma con seguir sus instintos básicos mostrándose apacible, renuente, dócil y simple; renunciando a su derecho de realizar plenamente su ser o devenir en Superhombre retornando a su "instinto" vital: la voluntad de poder.
9. El psicoanálisis freudiano presenta dos modelos de la estructura psíquica; el primero denominado topológico donde la psique se divide en regiones (lo consciente, lo preconscious y lo inconsciente) mientras que el segundo modelo presenta una actividad energética de tres fuerzas. *Grosso modo*, el *ello* se refiere a la actividad energética que deviene de los instintos (sexual y autoconservación) regido por el principio de placer; el *yo* mienta las actividades de atención, conciencia, volición y vigilia bajo el principio de realidad; el *superyó* es la actividad psíquica originada por la interiorización de las normas morales que expresan el ideal del yo.

condiciones sociales, este proceso de resolución puede tomar dos vías: demorar la demanda hasta un momento adecuado o silenciarla (Freud, 1923). A decir del padre del psicoanálisis, el *yo* es una entidad psíquica que deviene de la actividad del *ello* para cumplir la tarea de regular sus necesidades dado que sin conciencia no puede haber resolución de la tensión placer-displacer. El conflicto psíquico acaece cuando las exigencias del *ello* son contrarias no a la conciencia sino a su ideal; el *yo* debe mantenerse dentro del orden social y satisfacer las pulsiones del *ello* dentro de este orden. Los ecos nietzscheanos de la tragedia resuenan en Freud, el olvido del Superhombre queda fuera de todo acto de conciencia cuando se adormece la voluntad de poder, entonces los individuos se conforman con la supervivencia de la especie dentro del orden moral (ver figura 1).

El esquema puede ser un tanto pretencioso al proponer un modelo psicoanalítico en el pensamiento de Nietzsche, lo que buscamos no es una reducción psicoanalítica del pensamiento de este autor, sino evidenciar cómo ciertas ideas nietzscheanas sirven como una condición de posibilidad para realizar una interpretación distinta del hombre y su actividad psíquica. En el esquema se muestra un proceso dinámico entre la voluntad orgánica y la conciencia, ésta se encuentra en tensión hacia adentro con la voluntad orgánica y hacia afuera con el orden social, en palabras freudianas: el *yo* media entre las exigencias del *ello* que se rige bajo el principio de placer y su resolución en la cotidianidad a partir del principio de realidad (Freud, 1940). El comienzo de la tragedia tiene como camino un mecanismo

creado por la conciencia que permite depositar necesidades de la voluntad orgánica fuera del orden social a partir de lo que Nietzsche denomina olvido activo (Nietzsche, 2000).<sup>10</sup>

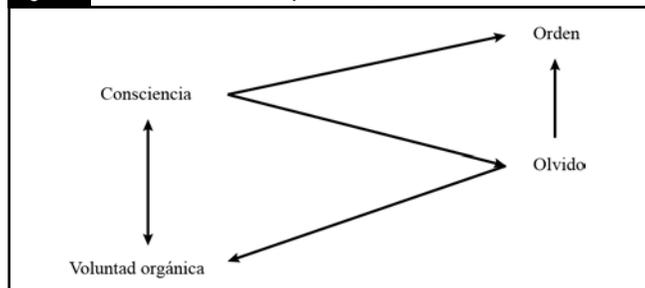
Para Nietzsche, la conciencia racional tiende a silenciar la voluntad de poder que crea la vida, sumiéndonos en la ignorancia y engañándonos al decirnos que nos conocemos, pero no nos conocemos porque nunca nos hemos buscado (Nietzsche, 2002); aquello que se conoce es una artificialidad fruto de una moral estética que crea un distanciamiento en el hombre; el *sí-mismo* y el *yo* se apartan y pierden contacto, la voluntad de poder deviene fuerza inconsciente que se pierde en lo bueno y lo malo. Sólo somos aquello que aceptamos moralmente y negamos lo que brota como fuerza inconsciente, esto quiere decir que nos alejamos de nuestra voluntad de poder y nos conformamos con la satisfacción parcial de nuestros instintos básicos:<sup>11</sup> un proceso de domesticación de la libido; de ahí que Nietzsche sentencie: “De nadie estamos más lejos que de nosotros mismos”, no somos “concedores” de nosotros mismos (Nietzsche, 2002: 266).

Freud hará suya esta sentencia para esbozar una crítica hacia la psicología del *yo* que se aparta de aquello que le da sustento y es fuente de todo acto, si su indagar se concreta en esa capa tan superficial y frágil, el conocimiento resulta mera desilusión de un porvenir que se vuelve incómodo en el hombre. El escenario está puesto para el establecimiento del conflicto psíquico, Freud sentencia con Nietzsche que aquello más íntimo es lo más desconocido, lo inconsciente es el sótano donde los hombres guardan sus deseos y eso asusta porque éstos poseen una vitalidad que seduce los sentidos y enloquece la razón; la estrategia psicoanalítica para apaciguar este conflicto psíquico radica en que el *yo* tienda hacia la conquista progresiva del *ello* (Freud, 1923). Aunque Nietzsche estaría en desacuerdo.

La voluntad de poder es demasiada realidad para un par de ojos y una muestra de la incapacidad de controlar la espontaneidad de la vida por parte del alma, así su seguridad resulta endeble: ¡no nos conocemos, quiénes somos realmente, marionetas de las pulsiones de la vida! La voluntad de poder resulta una fuerza contraria y amenazante para la comodidad del alma; la tragedia del hombre se resumen en una contradicción que parece irremediable, el costo por convertirnos en seres civilizados tiene como principio el abandono de la vitalidad a partir de establecer un fino mecanismo que niega y esconde lo que somos. Nietzsche nos narra un mundo de fuerzas cuyo campo de batalla se da en el interior de todo hombre, tragedia humana que se mantiene oculta mediante la fuerza del olvido.

Contrario a lo que se piensa, el olvido es una actividad de la conciencia encargada de seleccionar aquellas sensaciones viscerales y afectivas que pueden oscurecer la claridad del

Figura 1. Modelo nietzscheano del psicoanálisis.



10. Un intento similar puede encontrarse en Marietán, H. “Nietzsche y la mala conciencia” en *Dinámica*. Vol. 1, Núm. 4. El autor realiza cuatro esquemas donde se muestra claramente la ruta que puede desprenderse de las ideas nietzscheanas sobre el surgimiento de la mala conciencia en el devenir de la vida social y psicológica del hombre; además señala fragmentos textuales de las obras nietzscheanas y ciertos fragmentos de Ernest Jones, biógrafo de Freud donde explícitamente se muestra la influencia de Nietzsche sobre el padre del psicoanálisis.

11. Los instintos básicos mientan la parte animalesca del hombre: comer, beber, dormir, copular.

pensamiento, este carcelero vigila sigilosamente las sensaciones corporales y si alguna de ellas intenta salir a la luz bloquea su paso ante cualquier señal de irrupción (Nietzsche, 2000). Es una paradoja, cierta parte de la voluntad de poder (transformada en alma) gasta energía para evitar que ciertas vivencias lleguen a la conciencia asegurando una convivencia placentera en el hombre. Así, el olvido se convierte en una condición de cordura que como guardián mantiene un estado de bienestar y felicidad entre los hombres y consigo mismo. El olvido asegura la etiqueta social de una vida civilizada (Nietzsche, 2000).

Esta condición de renuncia y pago como bienvenida al mundo social alimenta una premisa psicoanalítica que explica el mecanismo psíquico que sostiene la estructura mental del hombre actuando de dos maneras: a) dejando en el inconsciente aquellas huellas mnémicas que por ningún motivo deben salir a la luz, y b) si algunas logran emerger hacia la conciencia, el yo, mediante represión, los desplazará hacia el inconsciente para evitar conflictuarse; sin tal mecanismo la funcionalidad psíquica del individuo se rompe y la vida social se desintegra (Freud, 1940). De esta manera, la represión freudiana hace eco de esta función activa del olvido que gesta una estructura neurótica como condición de normalidad social.

Siguiendo el espíritu nietzscheano, Freud establece el punto de partida hacia la domesticación del instinto de placer y la sublimación del instinto de destrucción cuyas consecuencias son la diversidad de patologías que atormentan al hombre y no le permiten dejar su animalidad. Este mecanismo que trata de someter y silenciar el lenguaje de órganos y sensaciones corporales se pone en marcha por medio del establecimiento de una mala conciencia que no es una actividad externa del individuo, al contrario se implanta dentro de él (Nietzsche, 2000). Este centinela que mantiene a raya los instintos nos vislumbra la aparición de la tercera estructura psíquica freudiana: *el superyó*.

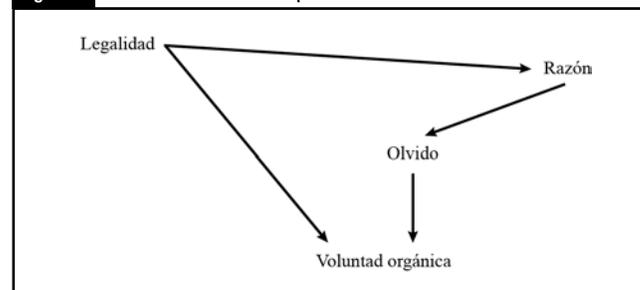
Nietzsche localiza el conflicto del hombre en el surgimiento de una legalidad moral pues si bien toda sociedad necesita de normas que regulen la convivencia entre los individuos, el embrollo se anuda en una legalidad estética que busca el abandono y refinamiento de la animalidad. La búsqueda del ideal ascético, como purificación de las pasiones y los placeres, es un atentado contra la voluntad de poder, fuerza creativa que como una flor que vive en el bosque se marchita una vez que se ha colocado dentro de un florero que sirve para adornar una habitación o mueble. Podemos decirlo de otra manera: el deseo incesante de una racionalidad por encuadrar dentro de su propia naturaleza la expresión seductora de la vida se convierte en el mundo insípido de una sociedad que pone en juego diversos dispositivos de castigo y vigilancia bajo la premisa de que entre más control se tenga sobre las emociones más educado se es.

El hombre se pierde en su búsqueda del bien a partir de una ascética estética, los buenos modales y el anonimato de los deseos mundanos que nunca se acaban son parte de una patología de lo moral que, contrario a lo que intenta, trae consigo una doble moral que carga de excesos y culpa la vida del hombre. Podemos decir con Nietzsche que la razón es una enfermedad que envenena el corazón y enfría la voluntad de poder, creando subterfugios como pago por derecho de piso al insertarse dentro del escaparate donde todas ¡las cosas son buenas! (Nietzsche, 2000).

La ley moral se encaja en lo más íntimo del hombre, desbordando los límites de la conciencia; el cuerpo se convierte en el seno de la legalidad moral, un mecanismo tan fino que parece normal como si así hubiese nacido el hombre. La exhortación nietzscheana busca liberar al Superhombre de los lastres de una animalidad que se flagela a partir de los modales; la exaltación del placer no está por las necesidades del cuerpo, sino por esa mala moral que se lava las manos con agua sucia. Los predicadores del mundo apolíneo realizaron una tarea ejemplar: habitar dentro de la morada del alma para sembrar la semilla de la eterna contemplación que libere del instante emocional y apetitivo (Nietzsche, 2000). Este ideal ascético es la condición que posibilita la convivencia social, pero no puede dejarse como acto volitivo, se constituye como una actividad interna en la conciencia cuya consigna es negar y restringir la voluptuosidad que brota desde la fuente vital de todo ser vivo cuyo desenlace pone al hombre avergonzado de sí mismo (Nietzsche, 2000). Entonces aparece la culpa que, junto con el olvido, se convierte en los guardianes de las puertas que mantienen encerrada la voluntad de poder: el Superhombre queda prisionero dentro de un deseo apolíneo (ver figura 2).

En el esquema se representa el conflicto humano que se paga al ser civilizado, tenemos una legalidad moral que desapruueba ciertas exigencias de la voluntad orgánica, pero su ruta de control se dirige hacia la razón infundiéndole culpa por su desatinada capacidad de sosegarla, ante esta culpa, nuestra razón recurre al olvido activo que pone en inanición los impulsos de la voluntad orgánica dando como resultado la tragedia que experimenta el hombre. Este andar

Figura 2. Modelo nietzscheano del psicoanálisis.



trágico permite que Freud formule lo siguiente: “[...] el yo se resigna a sí mismo porque se siente odiado y perseguido por el superyó, en vez de sentirse amado” (1923: 58).

La moralización del hombre que Nietzsche ve como amenaza es el terreno fértil para que el padre del psicoanálisis establezca el vasallaje peculiar que caracteriza la relación entre yo y superyó. Emulando la noción de mala conciencia nietzscheana, Freud habla de conciencia de culpa o “percepción del juicio adverso (*Verurteilung*) interior sobre aquellos actos mediante los cuales hemos consumado determinadas mociones de deseo” (Freud, 1913: 73). El repudio por la pulsión erótica es un punto de quiebre en la psique donde sólo queda resignarse, el neurótico sufrirá por tener deseos mundanos que nunca se acaban.

Esta desestimación de los instintos es el grillete que nos impide cultivar el poder creativo de la vida, juzgar como malo o bueno un actuar o deseo es aceptar una cultura de la prohibición que busca sistemáticamente distanciarnos de nosotros mismos, con eso se asiste a una vida de ignorancia que convierte en tabú lo más íntimo y bello que tenemos, lo que realmente somos; en esta condición el hombre no puede ascender en la escala de los seres y sólo le queda el recurso de perderse en sentir lo que sea para saberse vivo, conformarse con lo permisible aunque consumido por el deseo; entonces se da rienda suelta a las fantasías y los subterfugios, pero jamás se realiza el acto porque éste trasgrede la legalidad moral. Ahora podemos entender por qué el hombre es un ser enfermo por naturaleza, aunque quizás podríamos decir, es un ser enfermo por su artificialidad, su condición de sujeto lo vuelve patológico (ver figura 3).

La estructura de la enfermedad moral contiene tres elementos: la ley moral que otorga el reconocimiento de un individuo en la sociedad, la razón que busca convivir en un mundo apolíneo y los secretos de una voluntad orgánica que no pueden silenciarse y brotan sin ningún pudor. Para ser reconocido como persona se necesita estar sujeto a la ley moral que un grupo social comparte, esta obligación contractual es incuestionable y no debe transgredirse porque se viola el pacto social: ser hombre civilizado tiene su costo, se trata de renunciar a

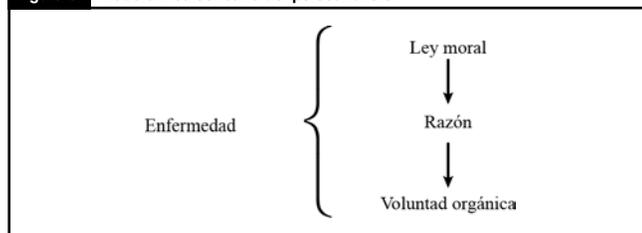
su naturaleza mediante la prohibición de ella. Este acto prohibitivo sirve como mecanismo socializador en tanto que muestra y justifica la única posibilidad de una vida en común mientras que determina la severidad del castigo y su función para establecer el orden legal al instituir un sentimiento de deuda. Esta máxima psicoanalítica tiene su genealogía nietzscheana, para demostrarlo es conveniente leer el siguiente fragmento:

Preguntémoslo otra vez: ¿en qué medida puede ser el sufrimiento la satisfacción de una “deuda”? En la medida en que hacer sufrir sentaba bien en grado sumo, en la medida en que el perjudicado, a cambio del perjuicio y del displacer por él causado, obtenía un extraordinario contra-disfrute: el de hacer sufrir, una auténtica fiesta, algo que, como hemos dicho, tenía una cotización más alta cuanto mayor fuese su contraposición con el rango y la posición social del acreedor (Nietzsche, 2000: 315).

La trasgresión dispara la animalidad de una moral que fríamente calcula la reparación del daño causado que no se paga al contado, sino que se hace huella, marcando la memoria del transgresor. No importa si el daño se repara o no, la cuenta se salda en la medida en que se hace sufrir al otro por la deuda contraída. Por eso podemos entender por qué el superyó odia y persigue en lugar de amar al yo, la severidad de este actuar tiene la intención de castrar como medida de control y establecimiento de la ley; mantener el orden social requiere de una microfísica del poder, como diría Foucault, que sea tan afectiva que una vez saldada la deuda, ésta se quede instalada como sentimiento de culpa. Siempre habrá ocasión de abrir este sentimiento dentro de una situación para sacar ventaja y coartar el desarrollo del hombre, sólo basta remover la angustia que somete al yo o angustia de la conciencia moral (Freud, 1923).

Al parecer el establecimiento del orden moral es demasiado animalesco, y hasta un tanto absurdo, somos castigados por nuestras virtudes (Nietzsche, 1985). El único recurso que queda en esta condición de sujeto, a decir del psicoanálisis, es sublimar el deseo a través de una valoración estética como medio de reconciliación, pero sublimar es darse atole con el dedo, la mancha en la conciencia no se quita sólo se decora. En otras palabras, la diferencia entre un médico y un carnicero se da en la aceptación social de que un acto es más estético que el otro pero ambos tendrán una estructura enfermiza alimentada por la pulsión de muerte. No se puede escapar del origen, el “animal estimativo” está marcado por su caída dentro del mundo dionisiaco y para mantener el pacto social se debe pagar la deuda que se contrajo al ser sujeto de deseo.

Figura 3. Modelo nietzscheano del psicoanálisis.



### 3. Espontaneidad de la voluntad de poder

El pensamiento nietzscheano puede entenderse como precursor de los planteamientos psicoanalíticos, pero no como meras coincidencias entre pensadores, su conexión es genealógica. La filosofía irracional de Nietzsche es una episteme que nutre las entidades teóricas que postula Freud, incluso llega hasta la labor psicoanalítica y su método de interpretación. Veamos. La voluntad de poder puede acallarse por medio de un dispositivo punitivo, aunque la conciencia puede parpadear, justo en este *lapsus* su fuerza creativa y espontánea se expresa en actos, fines y sinsentidos que pueden ser la vía de acceso para conocerla. Nietzsche nos aproxima a este proceso de interpretación:

[...] la entera historia de una “cosa”, de un órgano, de un uso y costumbre, puede ser así una continuada cadena de signos de interpretaciones y correcciones siempre nuevas y cuyas causas no tienen por qué formar un mismo contexto, sino que, antes bien, en determinadas circunstancias se suceden y revelan unas a otras de modo meramente contingente (2000: 327).

Dejar que una palabra, un recuerdo, una emoción y un deseo aparezcan sin linealidad es el camino para develar la intencionalidad del acto porque no se sigue una secuencia eslabonada, al contrario, como fuerza espontánea, la voluntad de poder adquiere otros matices al conjugarse en una circunstancia. Así, para conocernos tenemos que desprendernos del orden racional que ha inmovilizado el discurso, los actos del hombre son signos y símbolos que enuncian la fuerza de una vida que no desea marchitarse en el interior. En este fragmento nietzscheano encontramos vestigios de ese arte que le permite al psicoanálisis librarse de las reglas decisorias de la lógica para alumbrar la travesía por el territorio del inconsciente, reino de la alógica (Freud, 1940).

Por eso el sueño es importante para Freud porque aquí se muestran los deseos no cumplidos del sujeto en forma de contenidos que vertiginosamente se zambullen sin dirección y que aparentemente son contra y sinsentido; por eso el analista echa mano del arte de interpretar, atento espera a que en algún momento haya un descuido que saque a la luz una palabra o acción, poniendo en aprietos el orden moral de la enseñoreada razón porque tal palabra y “[...] acto aparentemente absurdo(s), tiene(n) pleno sentido dentro de otra serie psíquica que permanece inconsciente, porque obedece a otro propósito, distinto, que la conciencia rechaza” (Chiozza, 2005: 76).

Puede ser una interpretación forzada del pensamiento nietzscheano. Pero hay evidencia textual que permite no sólo hablar de coincidencias, sino sugerir que esta enunciación

nietzscheana es desarrollada por Freud, quien sistematiza como piedra angular de la labor psicoanalítica, mérito que no se puede desdeñar. Incluso Nietzsche ofrece otro elemento que se puede presentar en este arte de interpretación, aquellas metamorfosis intentadas con fines de defensa y reacción, y también los resultados de acciones contrarias exitosas que tratan de cortar la fluidez del sentido (Nietzsche, 2000).

Tenemos dos cadenas de signos que operan en dos dimensiones contrarias, pero que conviven paralelamente, por un lado, los actos de una conciencia que se rige por las buenas costumbres, en busca del ideal ascético, por el otro, la espontaneidad de la voluntad de poder que se expresa desde el sótano de la vida anímica. Las resistencias serían recursos que impiden que en su totalidad aparezcan las pulsiones a través de olvidos y silencios que paradójicamente son vías de acceso para develar lo inconsciente. Entonces el recurso para descifrar el lenguaje de órganos y emociones es por la vía de la asociación de los contenidos de ambas cadenas de signos que al yuxtaponerse unos con otros nos permite construir el paisaje donde tuvo lugar la moción de deseo, su objeto y su resolución.

Una vez recorrida la travesía, la cura psicoanalítica vendría dada por el reencauzamiento de las pulsiones dentro del orden moral, cuya máxima expresión estaría dada por el goce de las pasiones dentro del arte (Freud, 1973). Aunque para Nietzsche (1985) esta aspiración freudiana es muy pobre en comparación con la fuerza creativa en la obra artística que es fruto del despertar del Superhombre. La sublimación estética freudiana sería una humillación para el Superhombre si se parte de una domesticación de las pasiones, cosa con la cual se conformaría “el animal estimativo”, por eso el *Zarathustra*, cuando baja de la montaña, compara a los hombres con monos, unos más estilizados que otros.

Este es un punto donde el pensamiento irracional nietzscheano se separa del psicoanálisis. La espontaneidad de la vida puede retratarse en obras de arte, pero sólo puede mostrarse si el hombre se abandona a sí mismo y se entrega a su voluntad de poder, mientras que las aspiraciones del psicoanálisis son distintas, éste busca posibilitar al yo como colonizador del ello (Freud, 1923). Nietzsche podría calificar al psicoanálisis como un instrumento de reconciliación entre la moral y la voluntad orgánica que, en el mejor de los casos, apunta hacia una animalidad estética surgida en el hombre. Nuestro autor es contundente, de nada sirve encontrar grietas por donde se escabulla una patética luz de la voluntad de poder, más valdría que se quedara en la oscuridad; si el hombre aspira a su liberación de la mala conciencia tendría que quitarse ese temor a la felicidad y belleza, adentrarse en la actividad de la nada, fuente donde todo se origina, incluso ese deseo

ferviente de apagar la espontaneidad y devenir de la vida es al fin y al cabo una prueba irrefutable de tal voluntad que implota hacia sí misma (Nietzsche, 1985).

La noción de *voluntad de poder* no sólo es un desafío hacia el pensamiento que enseñoreaba la pureza de nuestra racionalidad, sino que Nietzsche desmitifica esa interpretación de una fuerza pasional entendida como apéndice que ata al hombre con las bestias, impidiéndole ascender a un nivel de perfección dentro de la escala de los seres. El pensamiento nietzscheano pone en su lugar a esta enseñoreada razón y le muestra que su ideal ascético deforma la fuerza creativa de la vida, reduciéndola a un patético destello animalesco. En otras palabras, nuestro autor busca retornar al origen; el hombre racional sólo es una quimera, lo superficial y banal de una fuerza inconsciente que, a través de una moral, se mantiene dormida, con ello se asiste a un aletargamiento del espíritu humano.

Desgraciadamente Freud decide sólo tomar el andar trágico del hombre. El *ello* es una instancia psíquica en busca del placer, pero dicha satisfacción del instinto sexual, al ser subyugado por la legalidad del *superyó*, se reprime buscando resquicios por dónde mostrarse; el *acting out*, el *lapsus linguae*, la asociación libre y la interpretación de los sueños son esa posibilidad de descifrar lo que se ha depositado en lo inconsciente (Freud, 1911-1915). Dentro del contexto psicoanalítico el conflicto psíquico es inapelable e inevitable dado que la condición de sujeto enraíza en la forma de vida que estructura una personalidad neurótica que todo individuo posee y lo clasifica como patológicamente normal.

En estos términos, el sujeto del psicoanálisis no puede liberarse de su condición neurótica, ésta es la tragedia que debe pagarse, la salida puede buscarse por medio de una fuga y ruptura con el mundo social o a través de la sublimación del placer en el arte y otro poco en la ciencia. En ambas condiciones, el hombre queda atrapado, la energía psíquica se agazapa y sólo presenta un destello; el pensamiento freudiano sólo resaltó esta decadencia del hombre que lo vuelve mono en comparación con el Superhombre. Cabría terminar esta sección diciendo que el objeto de estudio del psicoanálisis se juega de la siguiente manera: el sujeto psicoanalítico encuentra su sentido dentro de este mundo de las buenas costumbres y el establecimiento de una ley moral que coarta la seductora energía de la libido.

En otras palabras, las fuerzas instintivas de autoconservación, la libido y el instinto de autodestrucción, son una voluntad de poder que se tergiversa por la mirada positivista freudiana; la vida y su voluntad de poder no florece, justo como un botón de una rosa que se seca antes de abrirse. Dejemos hablar a Nietzsche:

Con ello se ha malentendido la esencia de la vida, su *voluntad de poder*; con ello se ha pasado por alto la primacía que poseen por principio las fuerzas espontáneas, atacantes, asaltantes, re-interpretadoras, re-directoras y conformadoras, pues la “adaptación” sólo se da una vez que dichas fuerzas hayan producido sus efectos; con ello se ha negado en el organismo mismo el papel señorial de los más altos funcionarios en los que la voluntad de vida comparece activa y dadora de forma (Nietzsche, 2000: 329).

La representación psíquica de *la voluntad de vida* en el psicoanálisis no pudo ser llevada más allá de la sublimación del placer, Freud sucumbió ante la época que le tocó vivir. El lenguaje de órganos y emociones es la expresión espontánea y creativa de una vida que forma y conforma el sentido de la existencia del hombre, y no sólo eso, sino que encuentra su esencia en la medida en que el hombre es consciente de que no tiene que buscarse más allá, parafraseando a Nietzsche, *lo más desconocido es aquello que tenemos más próximo*. El sujeto del psicoanálisis se queda en un animal neurótico mientras que el Zaratustra baja de la montaña para mostrar la posibilidad de ocupar el lugar que merece el hombre dentro de la gran escala de los seres: el florecimiento de la condición humana concretada en el Superhombre.

## Conclusión

He tratado de proponer en este ensayo una interpretación distinta entre el pensamiento nietzscheano y el pensamiento freudiano con el fin de demostrar que Nietzsche no sólo es un autor que coincide con Freud en la crítica hacia la racionalidad y el malestar de la cultura, sino que sus ideas sirven de presupuestos epistemológicos para sustentar aquellos postulados que cimientan el desarrollo teórico del psicoanálisis. Si es válida la afirmación de que todo autor es fruto de su época, es necesario realizar una reconstrucción de las propuestas psicológicas en miras a solucionar los problemas emergentes de las nuevas sociedades contemporáneas. La actitud acrítica de algunos estudiosos de lo psicológico y su renuencia para proponer otras lecturas sobre el objeto de estudio son una crisis que debemos enfrentar para el bien de nuestra disciplina.

En eso estriba detenerse y mirar las circunstancias donde nos encontramos. Freud tuvo claro que el conocimiento que poseía sobre las enfermedades mentales llegó a una frontera y que aquellas respuestas que buscaba difícilmente las hallaría dentro del esquema positivista de la psiquiatría. De ahí la relevancia que la filosofía irracional jugó en su propuesta, no estoy cuestionando la figura de Freud como un pensador que revolucionó el pensamiento occidental, al contrario,

trato de aportar elementos para entender la construcción de su pensamiento, si éste se desarrolló a partir de una crítica hacia la moralización del hombre es claro que en nuestros días tenemos una realidad distinta que necesita leerse desde otras aristas.

La vigencia del pensamiento freudiano radica en la medida en que los estudiosos de la psicología podamos mostrar cómo un conocimiento se construye a partir de una significación de la realidad y del hombre que adquiere sentido en una forma de vida desde la cual los individuos piensan, sienten y viven. Es decir, los psicoanalistas del siglo XXI pueden enriquecer su formación si tienen clara la genealogía de su saber y desde este acto de conciencia promueven un cambio de rumbo acorde con el espíritu de la época donde se forman, hacer caso omiso a esto es un error epistemológico que trae consigo la distorsión de las posibilidades de lectura sobre la realidad psicológica.

Podemos decir que en nuestra cotidianidad aún impera una moralidad que nos distancia y oculta de nuestra naturaleza, pero su mecanismo se ha hecho más sutil; la exaltación del deseo y su cumplimiento por medio de cualquier cosa ha derivado en un narcisismo que raya en lo absurdo y nos mantiene más alejado de los otros y de nosotros mismos. Retornar al origen de una propuesta que trata de comprender el devenir del hombre nos permite redescubrir elementos que aporten nuevas lecturas. En este caso, si el pensamiento nietzscheano

dio oportunidad para cuestionar la severidad de una mirada médica de los padecimientos que hoy día llamamos mentales, valdría la pena destacar otras cualidades que fueron puestas entre paréntesis por la vena positivista de Freud.

Es decir, podemos enriquecer la propuesta psicoanalítica al sacarla del determinismo psíquico que se le atribuye y la caracterización de las tres entidades psicodinámicas como mera mecanización de fuerzas físicas en el plano mental; profundizando en la noción de voluntad de poder quizá el psicoanálisis pueda enriquecerse, encontramos algunos intentos en Reich y Lowen que evitan reducir la fuerza y creatividad de la vida como mero recurso de la exaltación en la búsqueda del placer. Pero este tema necesitaría un espacio propio, basta finalizar diciendo que si nos mantenemos fieles a la noción de voluntad de poder podremos redescubrir que la vida del ser humano tiene otros caminos que bien vale la pena explorar. Esto sólo es posible en la medida en que las nuevas generaciones de psicólogos entiendan la importancia de la espontaneidad, la fuerza, la emotividad y la perfección que designa la propiedad definitoria de la vida. Regresar al origen puede alumbrarnos el camino en esta época donde los índices de padecimientos mentales y condiciones de vida están en rojo; esta es la enseñanza ejemplar que nos dejó Freud: ante las limitaciones y alcances de una interpretación de la realidad se tiene que echar mano de otras maneras de pensar el hombre y la realidad.



## Bibliografía

- Blondel, E. (1999). "Nietzsche and Freud, or: How to Be Within Philosophy While Criticizing It from Without", en J. Golomob, W. Santaniello y R. Lehrer. *Nietzsche and depth psychology*. State University of New York.
- Chapelle, D. (1999). "Nietzsche and Psychoanalysis: from Eternal Return to Compulsive Repetition and Beyond", en J. Golomob, W. Santaniello y R. Lehrer. *Nietzsche and depth psychology*. State University of New York.
- Corres, P. (1989). "La psicología desde el punto de vista del pensamiento irracional: Freud y Nietzsche", en A. Medina (Coord.). *Psicología y epistemología*. Trillas, México.
- Chiozza, L. (2005). "La relación psique-soma en la teoría psicoanalítica", en A. Madalesky, M. López y Z. López (Comp.). *Psicosomática: aportes teórico-clínicos en el siglo XXI*, Lugar Editorial, Buenos Aires.
- Fernández, E. (2001). "En torno al malestar: aproximaciones de Nietzsche y Freud", *Revista Mal-estar E Subjetividade*, setiembre, Año/Vol. 01, núm. 001.
- Freud, S. (1911-1915 [1914]). *Sobre un caso de paranoia descrito autobiográficamente. Trabajos sobre técnica psicoanalítica y otras obras*. Obras completas. XII. Amorrortu editores, Buenos Aires.
- Freud, S. (1913 [1912-1913]). *Tótem y tabú y otras obras*. Obras completas. XIII. Amorrortu editores, Buenos Aires.
- Freud, S. (1923). *El yo y el ello y otras obras*. Obras completas. XIX. Amorrortu editores, Buenos Aires.
- Freud, S. (1930 [1929]). *El porvenir de una ilusión. El malestar en la cultura y otras obras*. Obras completas. XII. Amorrortu editores, Buenos Aires.
- Freud, S. (1940[1938]). *Moisés y la religión monoteísta. Esquema del psicoanálisis y tabú y otras obras*. Obras completas. XIII. Amorrortu editores, Buenos Aires.
- Freud, S. (1973). *Psicoanálisis del arte*. Alianza Editorial. Madrid.
- Lehrer, R. (1999). "Freud and Nietzsche, 1892-1895", en J. Golomob, W. Santaniello y R. Lehrer. *Nietzsche and depth psychology*. State University of New York, pp. 181-203.
- Mariétán, H. "Nietzsche y la mala conciencia", en *Dinámica*, Vol. 1, Núm. 4.
- Nietzsche, F. (2002). *Así habló Zaratustra*. EDAF, Ediciones-Distribuciones, S.A., compilado por RBA Coleccionables, Barcelona.
- Nietzsche, F. (1985). *Más allá del bien y del mal*, EDAF, Ediciones-Distribuciones, S.A., compilado por RBA Coleccionables, Barcelona.
- Nietzsche, F. (2000). *Genealogía de la moral*, EDAF, Ediciones-Distribuciones, S.A., compilado por RBA Coleccionables, Barcelona.